

Concebir Europa desde el otro lado del Telón de Acero: intelectuales rumanos y centroeuropeos en comparación

Cristina Petrescu

Universidad de Bucarest

Resumen: El presente artículo efectúa un repaso de las representaciones de Europa concebidas detrás del Telón de Acero a través de la comparación entre las reflexiones intelectuales en Rumania, prácticamente desconocidas, y los debates en (y sobre) Europa Central. Ambos intentos constituían discursos identitarios que entraban en conflicto con las divisiones que la Guerra Fría había establecido en el mapa de Europa.

Palabras clave: mapas mentales, Europa Oriental/Central/Nueva, identidad nacional/supranacional, comunismo, disidencia.

Abstract: This paper revisits representations of Europe envisaged from behind the Iron Curtain by proposing a comparison between the quasi-unknown intellectual reflections in Romania with the rather well-documented debates in (and on) Central Europe. Both endeavours represented discourses on identity that conflicted with the Cold War divided map of Europe.

Keywords: mental maps, Eastern/Central/New Europe, national/supranational identity, communism, dissent.

En 1989 la desaparición del Telón de Acero fue celebrada de manera unánime por los europeos tanto de un lado como del otro. Para entonces, los discursos sobre el hogar europeo común —articulados en los medios diplomáticos, periodísticos o académicos del Oeste, así como en los ámbitos disidentes del Este— ya llevaban cuestio-

nando durante algunos años la división política, militar e ideológica Este-Oeste del continente. El resultado directo de este fenómeno fue la reaparición de Europa Central en el mapa simbólico del continente después de 1989. Este proceso de redefinición de identidades después de la Guerra Fría adoptó una forma más concreta con el inicio de los preparativos para la ampliación hacia el Este de la Unión Europea (UE). En este contexto, el redescubrimiento de Europa Central también fue de utilidad para las democracias occidentales a la hora de situar geográficamente e identificar a aquellas democracias de la antigua región de Europa del Este que se estaban consolidando más rápido. Durante la Guerra Fría, los diversos perfiles culturales, sociales o económicos de los países del bloque soviético sin duda se habían homogeneizado, dado que todas estas sociedades habían sido sometidas a la misma transformación profunda de corte estalinista. Sin embargo, las variantes nacionales post-estalinistas del comunismo fomentaron mucho más la diversidad que la homogeneidad entre los países de Europa del Este. Además, las transiciones a la democracia después de 1989 contribuyeron a acrecentar sustancialmente las diferencias existentes anteriormente. En resumen, después de 1989 Europa Central fue entendida como sinónimo de transiciones post-comunistas exitosas.

Después de más de una década de reformas y negociaciones, diez países (recién creados o de mayor antigüedad) que habían estado detrás del Telón de Acero se convirtieron institucionalmente en parte de la Europa ampliada. No sólo fueron incluidos en la UE aquellos países que estaban en cabeza del proceso de consolidación democrática, sino también algunos rezagados, como Rumania y Bulgaria. Por lo tanto, la idea de Europa Central se vio desprovista de su significado y trascendencia anteriores, en tanto que el contraste Este-Oeste propio de la Guerra Fría ha cobrado nueva fuerza. Desde el punto de vista de las antiguas democracias occidentales, estas naciones previamente dominadas por la Unión Soviética, situadas antes en Europa Oriental, constituyen hoy conjuntamente la «Nueva Europa». Evidentemente, esta denominación apunta a la ausencia de una socialización común a largo plazo en las estructuras burocráticas de esta entidad supranacional más que la existencia de puntos en común entre los antiguos países comunistas que se han integrado recientemente en la UE. No obstante, se podría argüir que esta reciente «invención» occidental de

la «Nueva Europa» indica que, después de veinte años de transición desde el comunismo y de debates bastante intensos sobre Europa Central, la polarización Este-Oeste del continente propia de la Guerra Fría sigue estando presente en las mentalidades de la «Vieja Europa». De hecho, hay autores que han demostrado que esa configuración geográfica de Europa tiene orígenes mucho más remotos: Larry Wolf sostiene, por ejemplo, que fue imaginada primero por los filósofos del siglo XVIII. Identificándose a sí mismos con la civilización, estos pensadores necesitaban cartografiar la «otredad» con el fin de reforzar su propia identidad. Europa del Este, la esquina opuesta del continente, fue concebida entonces como el marco geográfico de todo aquello que era opuesto a la civilizada Europa Occidental. En consecuencia, la Ilustración reconfiguró de manera importante la perspectiva del continente característica del Renacimiento, que se correspondía con una división Norte-Sur. Ese cambio de perspectiva coincidió también con la relocalización de los centros culturales y económicos de Europa, que se desplazaron en tiempos de la Ilustración desde Italia a Francia, Inglaterra y los Países Bajos. Desde el siglo XVIII, el desarrollo desigual del continente respondiendo a patrones Este-Oeste preservó la percepción de la Ilustración, a la que la Guerra Fría tan sólo añadió una nueva dimensión política y militar¹.

Todo lo dicho hasta el momento apunta a que los mapas mentales de Europa no se corresponden meramente con la geografía, ni se ajustan a una información objetiva o a datos concretos, como indicadores económicos, estadísticas sociales u otros criterios de medición de las iniciativas en una democracia en vías de consolidación. Esas representaciones sí se apoyan en argumentos ligados al contexto político, a las tradiciones históricas o al bagaje cultural, pero no constituían un mero reflejo de la «realidad». Existe una interacción mutua y constante entre la política cotidiana y la geografía simbólica del continente. Los mapas mentales, pues, tienen su origen en esquemas de pensamiento duraderos, cuya inercia puede ser desafiada a veces, sobre todo con acontecimientos violentos,

¹ Larry Wolff sostiene principalmente que, mucho antes de que el Telón de Acero cayese sobre el continente: «it was Western Europe that invented Eastern Europe as its complementary other half in the eighteenth century, the age of the Enlightenment». Véase WOLFF, L.: *Inventing Eastern Europe. The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*, Stanford, Stanford University Press, 1994.

pero que pueden sobrevivir perfectamente a cambios más graduales y menos evidentes. En otras palabras, las divisiones de Europa son ante todo construcciones intelectuales que refuerzan presunciones ya existentes, dan forma a los trabajos de los eruditos e incluso influyen en las decisiones políticas². Basándonos en esa premisa, el presente artículo investiga algo que podría denominarse contraperspectiva de Europa: en lugar de explorar los discursos elaborados desde Occidente, se centra en la auto-percepción de aquellos que representaban la «otredad» desde una perspectiva occidental. Analiza, por lo tanto, las representaciones de Europa elaboradas detrás del Telón de Acero, en la región conocida como Europa del Este en tiempos de la Guerra Fría. Concretamente, el artículo compara los discursos producidos en mi país natal, Rumania, que resultan menos conocidos, con aquellos, mejor estudiados, que se originaron en Europa Central, es decir, en Polonia, Hungría y la antigua Checoslovaquia. Puesto que la división de Europa anterior a 1989 reflejaba la existencia de los dos ámbitos políticos, militares e ideológicos antagónicos, cualquier representación que no se ajustara a ella constituía un acto implícito de disidencia. En consecuencia, las fuentes de este trabajo son los escritos generados por intelectuales críticos que, o bien se comprometían abiertamente con la crítica al régimen comunista, o bien, de manera discreta, evitaban al menos apoyarlo. Estas fuentes han sido tratadas aquí como discursos identitarios, como construcciones intelectuales destinadas a autodefinirse, en la misma línea que lo fueron las de los filósofos ilustrados. Sin embargo, al contrario que estas últimas, que hacían hincapié en aquello que diferenciaba a sus autores de lo que identificaron como «el otro» en la otra punta del continente, los intelectuales de la Europa Oriental en la Guerra Fría buscaban similitudes que les permitieran identificar su situación periférica con el núcleo, es decir, con Europa Occidental.

² Por ejemplo, resulta interesante comprobar cómo la guerra en la antigua Yugoslavia reavivó la concepción de los Balcanes como un espacio de conflictos irracionales, mientras que la reconstrucción post-bélica y la desigualdad de oportunidades para la futura incorporación a la UE de los Estados sucesores crearon nuevas y especiales divisiones geográficas, es decir, los Balcanes Occidentales, para establecer una distinción entre aquellos países que aún no forman parte de la UE. Para una crítica del discurso orientalizante occidental sobre los Balcanes, véase TODOROVA, M.: *Imagining the Balkans*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1997.

El paralelismo entre los discursos intelectuales centroeuropeos y rumanos acaba, no obstante, aquí. Los primeros evolucionaron hasta convertirse en un diálogo entablado a través del Telón de Acero que, a la larga, tal y como ilustro, influyeron en la geografía simbólica de Europa redescubriendo una Europa Central largamente olvidada, si bien en una forma y con unas motivaciones distintas a las existentes antes de la Guerra Fría. Era un discurso que trató no sólo de modificar el mapa mental del continente, sino también de renegociar el papel subordinado de (parte del) Este en su relación con el Oeste. Esta relación desigual, que surgió en el siglo XVIII con la modernidad, había sido desafiada en el siglo XX por la revolución comunista, sólo para verse nuevamente reforzada por la evidente quiebra de estos regímenes. A la larga, los centroeuropeos no tuvieron (y difícilmente podrían haber tenido) éxito en su intento por redefinir su posición subordinada frente a Europa Occidental. En cambio, el esfuerzo de las pequeñas naciones de Europa Central por defender su europeidad en términos culturales o históricos antes de 1989 fomentó el interés de Occidente por esta región y proporcionó un mayor apoyo para una adaptación política y económica a Europa más rápida después de 1989.

En lo que respecta al discurso elaborado por los intelectuales rumanos, éste representaba una alternativa tolerada a la ideología comunista oficial, que era tan anti-occidental como anti-soviética. El discurso no se generó para llegar a un público extranjero, y por lo tanto apenas ha sido conocido más allá de Rumania. Planteo que se trató simplemente de un discurso identitario nostálgico y centrado en el pasado producido por los intelectuales, que sólo pretendían vivir como si nunca hubieran estado desvinculados de Europa. Al contrario que el discurso sobre Europa Central, no cuestionaba ni el mapa mental de Europa ni el rol subalterno de los rumanos en su relación con el Oeste (paradójicamente, este último fue desafiado más contundentemente por el propio gobierno comunista de este país). Cuando, después de 1989, su discurso acerca de la europeidad de los rumanos llegó finalmente a una audiencia occidental, tuvo un efecto perverso, pues contribuyó de hecho a aumentar la distancia ya existente entre la emergente Europa Central y Rumania. En suma, aunque los rumanos se veían como parte de Europa mucho antes de la caída del comunismo, ninguno trató de convencer a nadie de ello, excepto quizás a sí mismos.

Disidencia en Europa Central: la sociedad civil contra el Estado

Los debates sobre Europa Central que surgieron gradualmente en los últimos años ochenta representaban una vía de escape, al menos virtual, de la Europa Oriental dominada por la Unión Soviética. Intelectuales centroeuropeos, tanto desde sus países de origen como desde el exilio en el Oeste, introdujeron el debate sobre una base cultural, que fue posteriormente desarrollada por especialistas occidentales en torno a varios argumentos históricos. A continuación, destacados periodistas popularizaron la cuestión para llegar a un público más amplio. Finalmente, las esferas políticas occidentales se interesaron por ella más o menos en el momento en que se estaba colapsando el comunismo en la región y se precisaban nuevos conocimientos sobre el bloque soviético. De esta forma, el discurso centroeuropeo logró imponer ampliamente la idea de que esa región no sólo fue siempre distinta del resto de Europa Oriental, sino que además se encontraba más próxima a Europa Occidental. Al tratarse de un asunto bien estudiado y conocido para los investigadores del antiguo bloque comunista, me limitaré a repasar tan sólo aquellos argumentos que he tomado en consideración para la comparación propuesta.

Podría considerarse que uno de los defensores de Europa Central, el afamado escritor checo afincado en París Milan Kundera, fue el que desencadenó el debate³. No «inventó», sin embargo, Europa Central: *Mittleuropa* fue inicialmente una idea alemana que, después de las experiencias de las dos guerras mundiales, había sido desacreditada y abandonada completamente. Tampoco fue el primero en revisar ese concepto y construir sobre él una argumentación contra la dicotomía de Europa durante la Guerra Fría⁴. En

³ Fue su artículo, publicado a modo de manifiesto en la prensa francesa, lo que dio pie al debate, dada la notoriedad de su autor. Véase KUNDERA, M.: «Un occident kidnappé - ou la tragédie de l'Europe centrale», *Le Débat*, noviembre de 1983, pp. 3-22. La versión citada en el presente artículo se publicó bajo el título «The Tragedy of Central Europe», en STOKES, G. (ed.): *From Stalinism to Pluralism. A Documentary History of Eastern Europe Since 1945*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 217-223.

⁴ El primero en rescatar el concepto de Europa Central fue el húngaro Jenő Szücs con un ensayo publicado inicialmente en 1979 en el volumen colectivo *samizdat* dedicado a István Bibó, cuya tradición de pensamiento democrático se consi-

cualquier caso, tal y como lo inició Kundera, el debate sobre Europa Central de los años ochenta desarrolló una perspectiva totalmente diferente si se compara con las discusiones precedentes sobre *Mitteleuropa*⁵. Mientras que esta última ha sido definida como un espacio diferenciado del Este y del Oeste, la primera se concibió, citando a Kundera, como «un Occident kidnappé», un Occidente secuestrado. Era la parte oriental del Oeste, donde no sólo todas las tradiciones culturales europeas se preservaban en condiciones adversas, sino que incluso estaban más arraigadas que en la propia «metrópolis». La Europa Central de los años ochenta era, en resumidas cuentas, la Europa tras el Telón de Acero. Puesto que la aportación de Kundera, además de iniciar el debate, estableció su marco —muchos de los que contribuyeron a éste más adelante hicieron referencia a su argumentación— merece la pena repasar brevemente sus reivindicaciones.

La tesis principal de Kundera es que las divisiones políticas de la posguerra entraban en conflicto con las fronteras histórico-culturales. El primer paso en su construcción de la «centro-europeidad» fue demostrar que era incompatible con la identidad rusa, que se definía exclusivamente en términos culturales negativos y era catalogada como no europea. Rusia representaba a una civilización con un patrón de desarrollo distinto, que tal vez había tratado de «europeizarse» desde los tiempos de Pedro el Grande, pero que había fracasado una y otra vez hasta que el proceso fue frenado bru-

dera una de las más influyentes en la Hungría del siglo XX. Este artículo, que también se publicó oficialmente en 1981 y después se tradujo al francés (1985), fue concebido como una réplica tardía a un conocido libro de Bibo de 1946, que se tradujo al inglés después de su muerte («The Distress of the East European Small States») y fue incluido junto con otros de sus escritos en el volumen BIBO, I.: *Democracy, Revolution, Self-Determination. Selected Writings*, Boulder, East European Monographs, 1991.

⁵ La concepción de *Mitteleuropa* como un espacio organizado por los alemanes, pero bajo su propio liderazgo y, en consecuencia, para su propio beneficio económico, apareció a finales del siglo XIX y fue particularmente influyente durante la Primera Guerra Mundial gracias a la publicación de la obra del mismo título de Friedrich Naumann. En este sentido, la *Mitteleuropa* dominada por Alemania era un espacio con unas características políticas, económicas y culturales propias que ocupaba una posición intermedia entre el Este y el Oeste. Para saber más acerca de esta distinción, véase STIRK, P. M. R.: «The Idea of Mitteleuropa», en STIRK, P. M. R. (ed.): *Mitteleuropa. History and Prospects*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1994, pp. 1-21.

talmente por el régimen comunista. Por lo tanto, Rusia nunca dejó de ser, tal y como lo planteaba Kundera, «otra» civilización, cuyo «atraso» se ponía de manifiesto implícitamente (no abiertamente) en el texto. La tragedia de Europa Central consistía precisamente en su sometimiento a una civilización que interrumpió su desarrollo «normal» en consonancia con el resto de Europa. Como respuesta, las naciones de esta región lucharon por preservar su verdadera identidad, esto es, su europeidad, manteniendo vivas unas tradiciones y costumbres que ya estaban perdiéndose de hecho en el «centro», es decir, en Occidente.

Esta autodefinición negativa en contraste con «el otro» se complementaba entonces con la búsqueda de la esencia de Europa Central. En consonancia con sus argumentos culturales, Kundera afirmaba enfáticamente que Europa Central no era un Estado, sino una cultura o un destino, cuyos límites eran imaginarios y debían trazarse y re-definirse de acuerdo con cada contexto histórico⁶. El denominador común para una región étnica y culturalmente muy diversa era el *fin de siècle* vienés que, en su opinión, englobaba el espíritu centroeuropeo⁷. En otras palabras, no era la suma de culturas nacionales periféricas lo que definía o resumía la esencia de la región, sino la cultura cosmopolita y supranacional que floreció brevemente antes del denominado «corto siglo de los extremos»⁸.

⁶ Partiendo de esa base, Kundera consideraba que formaban parte de esta región los polacos, los checos, los eslovacos, los húngaros y los austriacos (aunque estos últimos realmente no encajaban en su tesis principal). De esta forma estableció un nexo entre su construcción cultural y la geografía del continente, e identificó implícitamente a Europa Central con la antigua Austria-Hungría. Este referente histórico le permitía no sólo rechazar la influencia rusa en la zona, sino también pasar por alto la crucial influencia alemana.

⁷ La cultura que se desarrolló en el cambio de siglo en la capital del Imperio Austriaco era una manifestación de valores universales y cosmopolitas, y no es casual que muchas de las personalidades destacadas que menciona Kundera, como Kafka, Wittgenstein, Schönberg o Freud, fueran de origen judío o tuvieran una ascendencia étnica compleja. Véase LE RIDER, J.: *Modernité viennoise et crises de l'identité*, París, Presses Universitaires de France, 1990.

⁸ Tal y como observó Jacques Rupnik, el Romanticismo fue el movimiento que rompió con valores universales como los del Barroco católico o la Ilustración, que también habían florecido en su momento en Europa Central. Por lo tanto, la desaparición de Austria-Hungría no sólo supuso la desintegración política de la zona, sino también su fragmentación cultural. De acuerdo con esto, la cultura fue la base de las identidades nacionales en esta región y dejó de ser la expresión de unos valores europeos comunes. Véase RUPNIK, J.: «Central Europe or Mittleleuropa?», en

Este «truco histórico» permitió a Kundera secundar al historiador checo Jan Palacky de la generación de 1848 cuando afirma que Europa Central es «una familia de naciones iguales que se tratan unas a otras con mutuo respeto», e ignorar al mismo tiempo los horrores que se vivieron desde entonces en nombre de los valores nacionales, incluyendo el Holocausto o la limpieza étnica posterior a la Segunda Guerra Mundial. Es decir, la construcción idílica que Kundera hizo de Europa Central —una *commonwealth* de pequeñas naciones, un espacio de tolerancia y un paraíso multicultural *avant-la-lettre*— era históricamente falaz⁹.

Impulsada por un novelista ya famoso, esta desfiguración fue, en cambio, lo suficientemente provocativa como para fomentar debates en los círculos académicos. Desde mediados de los años ochenta hasta bien entrados los noventa se organizaron conferencias sobre Europa Central y se publicaron tanto revistas que promocionaban a autores centroeuropeos como obras en las que se discutía acerca de la identidad de la región. Por ejemplo, el politólogo húngaro afincado en Londres George Schöpflin estaba de acuerdo en que Rusia representaba, en muchos sentidos, un espacio no europeo. Enumerando una serie de cuestiones sociales, políticas y culturales que los diferenciaban, demostró que la cultura rusa «no es necesariamente inferior pero [...] es incuestionablemente distinta»¹⁰. Aun así, las lamentaciones de Kundera sobre el declive de la cultura centroeuropea a causa del dominio ruso de la zona deben considerarse con mayor cautela. Tal y como apunta el escritor eslovaco —nacido checo— Milan Šimečka, la tesis de que los centroeuropeos habían sido únicamente víctimas inocentes de los diabólicos opresores soviéticos podría haber sido aplicable en cierta medida a la etapa estalinista, pero ya no se sostenía en los años ochenta. La «Biafra espiritual» de la región estaba siendo mayoritariamente desempeñada entonces por *apparatchiks* culturales locales, no por los soviéticos: «Lo que resulta destacable de Europa Central no es que tenga una

GRAUBARD, S. R. (ed.): *Eastern Europe... Central Europe... Europe*, Boulder, Westview Press, 1991, p. 240.

⁹ Puede verse esta argumentación crítica en GARTON ASH, T.: *The Uses of Adversity. Essays on the Fate of Central Europe*, Nueva York, Random House, 1989, p. 185.

¹⁰ SCHÖPFLIN, G.: «Central Europe: Definitions Old and New», en SCHÖPFLIN, G., y WOOD, N. (eds.): *In Search of Central Europe*, Totowa NJ, Barnes & Noble Books, 1989, p. 17.

civilización rusa sino más bien una variedad de formas en que sus naciones han hecho frente a la influencia rusa»¹¹.

Aunque el recurso de Kundera al cambio de siglo vienés estuviera en la génesis de un exitoso mito sobre los Habsburgo que surgió en los años noventa¹², un número considerable de autores también criticó su preferencia unilateral por el periodo histórico que mejor se ajustaba a su interpretación. Se recalcó además que resultaba imposible distinguir en la zona algunos valores compartidos¹³. Por el contrario, si había algo que pudiera definir una cultura centroeuropea era la diversidad. Es más, la belleza de esta cultura se hallaba precisamente en su variedad. Incluso aquellos autores que aceptaban que el espacio anteriormente ocupado por el Imperio de los Habsburgo podría ser considerado como el emplazamiento geográfico de Europa Central, argumentaban que debía tomarse una perspectiva histórica a largo plazo, y no un único periodo histórico, a la hora de definir la región. El historiador de la cultura húngaro Peter Hanák sostenía que «esta Monarquía, como un sistema de poderes y políticas estatales, se encontraba entre la democracia parlamentaria plena de Occidente y la autocracia del Este»¹⁴. Tales afirmaciones volvían sobre la temprana visión alemana de Europa Central como un espacio intermedio entre Este y Oeste, sólo que dejando discretamente de lado a los alemanes. Schöpflin también estuvo de acuerdo en considerar Europa Central como una zona de transición entre las tradiciones políticas europeas, es decir, occidentales, y las tradiciones orientales. Para él, Europa Central era la parte del Este (no del Oeste, como ar-

¹¹ ŠIMEČKA, M.: «Another Civilization? An Other Civilization?», en SCHÖPFLIN, G., y WOOD, N. (eds.): *In Search of Central Europe*, op. cit., pp. 158-160.

¹² LE RIDER, J.: «Literary Central Europe», conferencia dada en Timișoara el 27 de mayo de 2000 y publicada en rumano en LE RIDER, J.: *Europa Centrală sau paradoxul fragilității (Europa Central o la paradoja de la fragilidad)*, Polirom, Iași, 2001, pp. 109-137.

¹³ «If we treat the new Central European idea as an assertion about a common Central European past in the centuries down to 1945, then we shall at once be lost in a forest of historical complexity... Every attempt to distil some common "essence" of Central European history is either absurdly reductionist or invincibly vague». GARTON ASH, T.: *The Uses of Adversity...*, op. cit., p. 188.

¹⁴ HANÁK, P.: «A Historical Region in Modern Times. A Contribution to the Debate about the Regions of Europe», en SCHÖPFLIN, G., y WOOD, N. (eds.): *In Search of Central Europe*, op. cit., p. 68.

gumentaba Kundera) donde las tradiciones del universalismo cristiano medieval, el Renacimiento, la Reforma, la Contrarreforma y la Ilustración se encontraban diluidas, pero eran aun así más fuertes que en el resto de la Europa ocupada por la Unión Soviética. Sintetizaba: «Europa Central es una parte orgánica de Europa en su conjunto, pero una expresión significativamente más débil de europeidad»¹⁵. En otras palabras, la cultura de Europa Central, aunque no era esencialmente distinta de la versión occidental, era una cultura periférica. Esta afirmación implicaría, en primer lugar, que las tradiciones centroeuropeas sólo son copias del modelo occidental y, en segundo lugar, que la identidad europea se valora mucho más desde una posición marginal que en el centro porque allí se ve desafiada continuamente¹⁶.

Le representación de Europa Central basada únicamente en el pasado también se consideró falaz desde otro punto de vista. Varios pensadores occidentales apuntaron que la identidad de esa región debería haberse construido a partir de los valores compartidos en el presente. La crítica abierta a los regímenes comunistas por parte de los intelectuales de Hungría, la antigua Checoslovaquia y Polonia, que contrastaba con el silencio del resto de Europa Oriental, representaba una actitud que reflejaba en verdad los valores y creencias compartidos de Europa Central¹⁷. Las obras de conocidos disidentes, incluyendo a Václav Havel, György Konrád o Adam Michnik, ilustraban una serie de puntos en común a lo largo y ancho de la región, de acuerdo con Timothy Garton Ash¹⁸. La idea de «vivir en

¹⁵ SCHÖPFLIN, G.: *Politics in Eastern Europe. 1945-1992*, Oxford UK-Cambridge USA, Blackwell, 1993, p. 12.

¹⁶ SCHÖPFLIN, G.: «Central Europe. Definitions Old and New», en SCHÖPFLIN, G., y WOOD, N. (eds.): *In Search of Central Europe, op. cit.*, p. 19.

¹⁷ De hecho, Kundera argumentaba que la oposición liderada por los intelectuales checos, eslovacos, polacos y húngaros era una evidente expresión de su desesperado intento por impedir la destrucción de la cultura centroeuropea, que era la base de su identidad europea. En otras palabras, la existencia de oposición a los regímenes comunistas confirmaba por sí misma que estos países no pertenecían al espacio oriental dominado por la Unión Soviética. Lo que se asume implícitamente es que los otros países, que simplemente obedecían, probablemente estaban más en consonancia con el comunismo.

¹⁸ De esta forma, desde finales de los años setenta surgió la estrategia de los pequeños cambios iniciados desde abajo. Véase KONRÁD, G.: *Antipolitics*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1984; HAVEL, V.: *The Power of the Powerless*, Nueva York, M. E. Sharpe, 1985; íd.: *Living in Truth*, Londres, Faber and Faber, 1986, y

la verdad» o, más explícitamente, el rechazo a la mentira cotidiana que convertía a cualquier ciudadano que la aceptase en defensor de un régimen corrupto y agonizante; el rechazo a la política y la reclusión implícita en la «antipolítica»; la estrategia de presión continua al régimen desde abajo; todas estas ideas actuaron como catalizadores en la reconstrucción gradual de la sociedad civil en Europa Central¹⁹. Para cuando cayó el comunismo, Europa Central estaba asociada intrínsecamente a los «luchadores por la libertad» en los movimientos disidentes después de la Conferencia de Helsinki. Podría añadirse hoy, además, que todas estas ideas de la disidencia contribuyeron, si bien de forma indirecta, a una transferencia pacífica del poder a manos de las elites alternativas en 1989. De este modo, fue la fortaleza de la sociedad civil lo que mostró al mundo entero la europeidad de Europa Central, su voluntad de regresar a Europa e, implícitamente, su carácter distintivo al ser comparada con el resto del bloque del Este.

Aunque la oposición interna a los regímenes comunistas no puede explicar por sí sola las revoluciones de 1989, la imagen de la gloriosa resurrección de la sociedad civil, que dismanteló las dictaduras, sin duda moldeó la percepción que se tenía de esta región al otro lado del Telón de Acero. Algunos de los antiguos países comunistas se habían opuesto al sistema político, social, económico y cultural impuesto por la Unión Soviética probablemente porque era incompatible con sus tradiciones democráticas. Éstos eran los países que representaban a Europa Central. Los demás aceptaron el sistema comunista sin revueltas destacadas, y esto debe de haber sido así porque este régimen no democrático armonizaba mejor con sus tradiciones locales²⁰. Por consiguiente, una vez que el comu-

MICHNIK, A.: *Letters from Prison and Other Essays*, Berkeley, University of California Press, 1986.

¹⁹ No obstante, Timothy Garton Ash reconocía que, a pesar de su fama, resultaba muy arriesgado contemplar a estos tres escritores como intelectuales típicos de la región. Aun así, sostenía que en las obras de Michnik, Havel y Konrad podían encontrarse ideas comunes relativas a la estrategia de oposición a los regímenes comunistas, y por lo tanto éstas podían al menos considerarse ilustrativas del pensamiento disidente de la zona. Puesto que los fracasos de 1956 y 1968 habían obligado a muchos a aceptar la imposibilidad de cambiar el sistema desde arriba, los disidentes tardíos del comunismo creían que éste podía haberse cambiado únicamente desde abajo, tal y como ejemplificaba Solidaridad en Polonia. GARTON ASH, T.: *The Uses of Adversity...*, *op. cit.*, pp. 193-198.

²⁰ Esto era un lugar común en los trabajos consagrados al estudio de la Eu-

nismo había desaparecido, parecía natural considerar que Europa Central estaba mejor preparada para la integración euro-atlántica. Polonia, Hungría, la República Checa e incluso Eslovaquia fueron desde el principio favoritos en la «carrera hacia Occidente», mientras que un país como Rumania era rechazado educada pero firmemente. Esto no quiere decir que las actuaciones de estos países en la reforma de sus sistemas políticos, económicos o legales tuvieran una importancia secundaria. Naturalmente, contaban los criterios de Copenhague de 1993 para la elegibilidad de los candidatos a ser miembros de la UE, pero antes de que se estableciera cualquier pauta para medir las iniciativas de consolidación de las nuevas democracias, el discurso disidente anterior a 1989 desafiando la dicotomía Este-Oeste de la Guerra Fría ya había logrado situar a Europa Central en la antesala de «Europa»²¹.

Resistencia a través de la cultura en Rumania: Europeístas contra autoctonistas

El discurso sobre Europa Central era ante todo un discurso sobre la identidad y, al igual que la identidad nacional, creado por intelectuales. Lo que no quiere decir que se manipularan argumentos «inventados». Había elementos genuinos capaces de garantizar el éxito de la construcción, que se podían encontrar, como ya se ha

ropa comunista durante la primera década después de su colapso. Como ejemplo notable, Andrew C. Janos analizó la frecuencia de las protestas contra los gobiernos comunistas impuestos y reiteró en su monumental monografía dedicada a la incidencia de la modernidad en Europa Centro-Oriental la tesis de que el comunismo soviético estaba arraigado en el «communalism and paternalism of Byzantine Orthodoxy, [...] resonated far more positively in the Orthodox societies of the southeast than in the legalistic, contract societies of the northeast tier». Véase JANOS, A. C.: *East-Central Europe in the Modern World. The Politics of the Borderlands from Pre- to Post-Communism*, Stanford, Stanford University Press, 2000, esp. pp. 326-328.

²¹ Por ejemplo, J. F. Brown, un antiguo director de Radio Europa Libre, contrastó a principios de los noventa la «triada de la esperanza», que comprendía a Polonia, la antigua Checoslovaquia y Hungría, con la «triada de la desesperación» o «triada de la tribulación», que incluía a Rumania, Bulgaria y Albania. Tales percepciones, como observaban los autores, eran moneda común entonces, cuando el camino hacia la consolidación democrática se encontraba tan sólo en su fase inicial. Véase BROWN, J. F.: *Hopes and Shadows. Eastern Europe after Communism*, Durham, Duke University Press, 1994, pp. 50 y 93.

mencionado, en algunas de las ideas disidentes dirigidas a desafiar la uniformidad cultural impuesta por los regímenes comunistas. Al mismo tiempo, estos debates centrados en la identidad supranacional contrarrestaban los opuestos discursos identitarios anti-comunistas, basados en argumentos nacionalistas²². Por otro lado, la centroeuropea era una identidad construida sobre las ideas liberales asociadas, desde los albores de la modernidad política, al «Oeste», más en concreto en la limitación del poder y el respeto por los derechos civiles y humanos. En consecuencia, se oponía a las dos ideas extremistas del siglo xx: comunismo y nacional-fascismo. Desde la perspectiva occidental, se puede decir que la «Nueva Europa» de hoy en día representa una ampliación de la Europa Central, que incluye todos aquellos países que, tras salir del comunismo, iniciaron la transición a la democracia, aunque a distinto ritmo y con diversas tasas de éxito. De acuerdo con esto, Rumania se encuentra hoy en día dentro de la UE no por su asociación con los antiguos países «luchadores por la libertad» anteriores a 1989, sino más bien porque consiguieron contener el surgimiento del nacionalismo extremo tras el comunismo y evitaron una catástrofe similar a la de Yugoslavia²³. En otras palabras, el lugar actual de Rumania en Europa surge únicamente de los esfuerzos posteriores a 1989 para consolidar su débil democracia.

²² George Schöpflin observó que la identidad centroeuropea era un medio para recuperar los valores democráticos de Europa, que, primero, los regímenes nacionalistas del periodo de entreguerras (con excepción de Checoslovaquia) y, luego, los comunistas habían eliminado de la región. «Esta identidad no sólo ofrece una salida de la homogenización del estilo soviético al enfatizar las cualidades europeas de las culturas locales, sobre todo las de pluralismo y democracia, sino al ofrecer al individuo una segunda identidad en un plano superior que le permite librarse de la amenaza del reduccionismo encapsulado en el nacionalismo político». Véase SCHÖPFLIN, G.: «Central Europe. Definitions Old and New», en SCHÖPFLIN, G., y WOOD, N. (eds.): *In Search of Central Europe*, op. cit., p. 27.

²³ Al preguntarse qué quedaba del concepto de Europa Central, el historiador y periodista británico Timohy Garton Ash, que fue un prominente defensor del concepto en la década de los ochenta, reconoció que en los noventa esta región simbólica debería haber incluido todos los antiguos países comunistas que optaron por la democracia, la ley, la tolerancia y el respeto por las minorías. Un país como Rumania debería haberse incluido, más que excluido, puesto que estaba más cerca de Hungría que de Yugoslavia. Véanse sus relatos posteriores al comunismo referentes al espacio post-soviético en GARTON ASH, T.: *History of the Present. Essays, Sketches and Despatches from Europe in the 1990s*, Nueva York, Random House, 1999.

No obstante, los intelectuales de este país soñaban con Europa mucho antes del colapso del comunismo, sin que, sin embargo, llegaran a intervenir nunca en el mencionado debate de análisis sobre Europa Central²⁴. Había dobles razones para su ausencia. Quizás el motivo más importante estaba relacionado con el marco cultural, histórico y geográfico del debate internacional que, de manera más o menos explícita, trazaba el límite oriental de Europa Central en la antigua frontera austrohúngara, la cual, a su vez, coincidía con los viejos límites de la cristiandad occidental. Obviamente, tales lindes históricos cortaban las actuales fronteras de Rumania y cuestionaban de manera implícita la pretendida homogeneidad de la nación, así como las fronteras del país²⁵. Como apenas se podían formular argumentos para sostener que toda Rumania era centroeuropea, cualquier rumano que se hubiera tomado en serio dicho tema de debate terminaría corroborando, incluso involuntariamente, el histórico carácter multiforme del país. Tal esfuerzo habría desafiado la verdadera construcción de la identidad nacional rumana, que dependía de ideas tales como el origen latino común y la unidad histórica del grupo etnocultural, a pesar de la separación política. De

²⁴ Esto se aplica a los autores residentes en el país. Por otro lado, algunos emigrantes rumanos habían escrito junto con polacos, checos, eslovacos o húngaros en publicaciones que intentaban ilustrar el espíritu centroeuropeo, como el *Cross Currents. A Yearbook of Central European Culture* (publicada de 1982 a 1993 por la Universidad de Michigan y luego por Yale University Press). Los autores rumanos, que participaron de forma marginal en este debate, fueron el dramaturgo Eugène Ionesco, un miembro de la *Académie Française* y el historiador de la religión Mircea Eliade, profesor en la Universidad de Chicago. Casualmente, éstos están entre los pocos rumanos que tuvieron éxito en su carrera internacional tras abandonar su país nativo ocupado por los comunistas. Sin embargo, sus artículos no tuvieron prácticamente ningún impacto en la Rumania comunista, aunque sí contribuyeron en cierta medida al surgimiento del debate sobre el lugar de Rumania respecto a Europa Central tras 1989, cuando se tradujeron al rumano. Véase también BABEȘI, A., y UNGUREANU, C. (eds.): *Europa Centrală. Nevroze, dileme, utopii (Europa Central. Neurosis, dilemas, utopías)*, Iași, Polirom, 1997.

²⁵ En este sentido, es muy revelador que el libro de Samuel P. Huntington, que situaba la «línea de ruptura» que limita la civilización occidental en los Montes Cárpatos, dividiendo Rumania en dos —Transilvania como parte del Oeste y, el así llamado, Viejo Reino como parte del mundo ortodoxo—, produjera violentas reacciones en Rumania. Véase HUNTINGTON, S. P.: *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, pp. 157-163. Mucha gente —principalmente políticos que intentaron capitalizar políticamente dichas posiciones— consideró cualquier asociación entre Transilvania y Europa Central como un intento encubierto de desmantelar la nación.

este modo, habría entrado en conflicto no sólo con el acérrimo nacionalismo del régimen comunista rumano, sino también con los tópicos sobre la esencia del *rumanismo*²⁶. En pocas palabras, la identidad centroeuropea no habría sido para los rumanos una forma de escapar de la uniformidad del bloque soviético, como lo fue para checos, eslovacos, polacos o húngaros, sino más bien un camino hacia la alienación entre los distintos rumanos.

Otra razón para la ausencia de Rumania en el debate sobre Europa Central era la gran debilidad de la disidencia en este país, donde sólo unos pocos intelectuales se arriesgaban a distanciarse de la ideología oficial comunista y muchos menos aún a criticar abiertamente al régimen. En realidad, la práctica inexistencia de oposición en Rumania antes de 1989 corrobora la tesis de que Europa Central era la región de los «luchadores por la libertad». Sin embargo, hay que decir que los disidentes posteriores a Helsinki en este país, pese a su debilidad, estaban principalmente inspirados por ideas e ideales liberales, y en esto sí eran comparables con los discursos disidentes en Europa Central. De hecho, ni el marxismo, que nunca se estudió en serio en este país²⁷, ni el nacionalismo, que

²⁶ La construcción de la nación rumana no sólo continuó bajo el comunismo, sino que también se llevó a cabo con éxito como muestra el alto y sólido índice de popularidad de que gozan los mitos históricos de la construcción de la nación, incluso a día de hoy. La lista de las diez películas rumanas más populares de todos los tiempos, elaborada recientemente por un periódico rumano, incluye siete narraciones cinematográficas históricas realizadas durante el comunismo. En el tercer puesto, *Miguel El Bravo* (1971) con 13.330.000 espectadores, y en el cuarto, *Los Dacios* (1967) con 13.112.000, están dos películas de Sergiu Nicolaescu, el director más prolífico de películas históricas en la Rumania comunista. La primera película representa la unidad de todas las regiones históricas rumanas bajo el mando único de Miguel el Bravo en 1600-1601, mientras que la segunda expone las antiguas raíces latinas de los rumanos en el territorio actual. Véase *Cotidianul* (23 de agosto de 2005), <http://old.cotidianul.ro/cele_mai_vizionate_filme_romanesti_din_toate_timpurile-2116.html>, leído el 27 de marzo de 2011. Un periódico de Bucarest ha sacado recientemente de 90.000 a 100.000 copias de las películas de Sergiu Nicolaescu en DVD con un éxito tremendo.

²⁷ La izquierda nunca atrajo más que a unos pocos intelectuales rumanos, así que sólo había unos pocos marxistas genuinos en Rumania. Cuando los comunistas alcanzaron el poder, se adoptó el marxismo como pilar del nuevo régimen y se mantuvo como dogma hasta el mismo final. Sin embargo, no había nadie que tuviera el conocimiento necesario para replantearse el dogma, como en otros países del bloque soviético. Véase TISMĂNEANU, V.: «From Arrogance to Irrelevance. Avatars of Marxism in Romania», en TARAS, R., (ed.): *The Road to Disillusion. From Critical Marxism to Post-Communism in Eastern Europe*, Armonk NY, M. E. Sharpe, 1992, pp. 135-150.

estaba monopolizado por el mismo régimen en su última etapa, pudieron haber constituido las fuentes de inspiración para el criticismo contra el sistema comunista. Y lo que es más, en el origen de las protestas rumanas siempre fueron cruciales los acontecimientos de los países comunistas centroeuropeos. Así como la Revolución Húngara de 1956 provocó algunos disturbios en los mayores centros universitarios rumanos, la Carta 77 de los checos y eslovacos se convirtió en el modelo del incipiente movimiento pro-derechos humanos en Rumania²⁸. Por otro lado, los sucesos en Polonia tras la fundación de Solidaridad, e incluso la disidencia, más restringida, de otros países de Europa Central supusieron un catalizador para la mayoría de las cartas de protesta que surgieron a final de los ochenta²⁹. En resumen, que a pesar de que la disidencia rumana fue hasta el mismo final un fenómeno a pequeña escala, sus ideas principales estaban en consonancia con la disidencia liberal centroeuropea. También se puede añadir que, de manera implícita, ya que no explícita, los discursos disidentes en este país respaldaron el retorno de Rumania a Europa, el hogar de la democracia liberal. No obstante, entre los escritos disidentes rumanos no existía

²⁸ Este último fue incapaz de atraer intelectuales lo suficientemente prominentes como para establecer una red de trabajo que asegurara la supervivencia a largo plazo. Así que este movimiento, que surgió en 1977 y que se denominó «movimiento Goma» en honor de su iniciador y máximo defensor, fue rápidamente reprimido, a pesar de contar con aproximadamente doscientos seguidores por todo el país. La policía secreta rumana contribuyó en gran medida a este resultado. No obstante, sostengo que esta protesta se colapsó tan rápido porque no contaba con un «programa de acción». El documento principal del movimiento, una carta abierta a la Conferencia de Belgrado, continuación de la de Helsinki, sólo denunciaba la violación de los derechos humanos en Rumania, pero sin ninguna propuesta de seguimiento, tal y como hacía, por ejemplo, el acto de fundación de la Carta 77. Para el texto de la carta, véase GOMA, P.: *Curcubeului 77 (El Color del Arco Iris 77)*, Oradea, Biblioteca Revistei Familia, 1993, pp. 70-72.

²⁹ Con el lenguaje de los derechos humanos, la mayoría de esas protestas colectivas abordaban problemas de interés general, criticando directamente la maldad del régimen e incluso apuntando al sistema comunista en conjunto. Estos disidentes dieron un paso crítico en la historia moderna rumana: el dejar de lado estériles debates intelectuales centrados en asuntos culturales en beneficio de los problemas de las gentes sin voz, quienes se sentían oprimidos por el régimen pero eran incapaces de articular crítica alguna. Para seguir los altibajos de la oposición rumana al régimen comunista, véase PETRESCU, C., y PETRESCU, D.: «Resistance and Dissent under Communism. The Case of Romania», *Totalitarismus und Demokratie* (Göttingen), 4:2 (2007), pp. 323-346.

una reflexión consistente sobre la unidad de Europa, sino sólo algunas respuestas locales desencadenadas por invitaciones a conferencias sobre tales temas³⁰.

En contraposición, aquellos intelectuales que ni apoyaban el régimen ni lo criticaban públicamente hicieron de la afirmación de la europeidad de Rumanía su tema central. Esta postura representaba un tipo de inconformismo que se distanciaba de la ideología oficial, cada vez más nacionalista, cuestionándola de soslayo. Al mismo tiempo, evitaba cuidadosamente la posición radical de disidencia abierta y se limitaba a temas específicos de la esfera cultural³¹. Dicho discurso de identidad podría parecerse en la forma al de los intelectuales críticos de Europa Central, pero en esencia era distinto, como se muestra a continuación. Estaba elaborado por intelectuales tipo Bovary, que vivían como ajenos a la cruda realidad circundante. En la práctica, se veían a sí mismos como parte de una cultura europea superior, así que se relacionaban, no con Viena, sino directamente con París, es decir, no con Europa Central, sino con

³⁰ Como los pocos disidentes rumanos se percibían en el Oeste como parte de la gran familia de disidentes de detrás del Telón de Acero, que implícitamente luchaban por la unidad de Europa, recibieron invitaciones a conferencias sobre el tema, aunque las autoridades rumanas nunca otorgaron visados para dichos propósitos. Los artículos esbozados para dichas reuniones se convirtieron en ensayos disidentes, que enviaron distintos canales occidentales para que fueran emitidos a través de varias emisoras de radio, sobre todo *Radio Free Europe*. Por ejemplo, Dan Petrescu, un disidente rumano de la ciudad moldava de Iași, reconocía que tanto el Oeste como el Este eran igualmente responsables de la división de Europa y pedía una alianza que cruzara el Telón de Acero con la intención de poner fin a la segregación del continente. Argumenta que Rumanía, en una situación desesperada, pudo haber actuado como catalizadora. Véase su ensayo para la conferencia «Ein Traum von Europa» en Berlín occidental en mayo de 1988, en los archivos OSA/RFE, Romanian Fond, 300/60/3/Caja 6, Archivo disidentes: Dan Petrescu.

³¹ Era característica de un tipo de pseudo-disidencia que sólo buscaba defender los privilegios de su propio grupo. Hay una transcripción de la policía secreta de una discusión privada entre intelectuales rumanos, reunidos para esbozar una carta colectiva de protesta, extremadamente relevante al respecto. A pesar de querer ponerse en el último minuto (era 1988) al mismo nivel que sus colegas de otros países comunistas, uno de los eventuales disidentes decía explícitamente que, para tener efecto, la carta debería referirse a peticiones concretas y no a asuntos sin sentido, como los derechos humanos. Argumentaba que dichas referencias sólo habrían enfurecido a las autoridades sin proporcionar ningún resultado concreto para los firmantes. Véase *Cartea Albă a Securității. Istorie Literare și artistice (El libro blanco de la Securitate. Historias artísticas y literarias, 1969-1989)*, Bucarest, Presa Românească, 1996, pp. 394-416.

«Europa». Los mismos practicantes de esta forma tolerada de oposición, que producía este discurso, la apodaron después de 1989 «resistencia por medio de la cultura». Según ellos, representaba el único modo realista de oposición al régimen comunista, que parecía mantenerse en los ochenta tan represivo como durante los años de terror estalinistas³².

Para responder a la pregunta de cuáles eran las características del inconformismo tipo rumano y las razones para alegar que éste representaba una forma de oposición anterior a 1989, es necesario un breve resumen de la evolución del comunismo rumano, que hizo del nacionalismo un pilar del sistema más fuerte que el marxismo-leninismo. Los pasos graduales que en esta dirección se tomaron, ya desde que se retiraran las tropas soviéticas en 1958, probaron, una década más tarde, haberse ganado los «corazones y mentes» de muchos. La denuncia de Nicolae Ceaușescu ante la invasión de Checoslovaquia recibió un genuino apoyo popular³³. Esta muestra de independencia dentro del bloque soviético vino acompañada de una sorprendente modificación del lenguaje oficial, que terminó más cerca del vocabulario nacionalista de derechas del periodo de entreguerras que de la fraseología marxista-leninista. El giro popular iniciado en el campo de la política externa tuvo su réplica, no tan popular, en el campo de la cultura, y que dio a conocer Ceaușescu en 1971 en las llamadas «Tesis

³² La policía secreta rumana era una institución realmente efectiva en obstaculizar cualquier revuelta en contra del orden político, pero hay que tener en cuenta que sus métodos de control cambiaron significativamente en los sesenta: en vez de terror y represión la *Securitate* hacía uso de su extensa red de informantes para descubrir cualquier intento de rebelión en su primer momento. Para resumir, en el comunismo tardío, la represión ya no era necesaria para controlar a la población. Este cambio fundamental se reflejó en los documentos internos de la institución, como se muestra en DELETANT, D.: *Ceaușescu and the Securitate: Coercion and Dissent in Romania, 1965-1989*, Londres, C. Hurst & Co., 1995.

³³ Incluso los antiguos prisioneros políticos aceptaron gustosos la afiliación al partido comunista después de agosto de 1968. Por ejemplo, entre los que se unieron al partido tras el electrizante «discurso del balcón» de Ceaușescu, se encontraba el ya mencionado prisionero político y futuro escritor disidente Paul Goma. En otros países comunistas también se acogió con entusiasmo este discurso. El disidente polaco Adam Michnik confesó que, en agosto de 1968, los polacos admiraban a Ceaușescu y envidiaban a los rumanos por tener un dirigente como él. Expresó esta opinión en un debate televisivo de un canal privado durante su visita a Rumania en mayo de 1997.

de julio». Junto al retorno de nociones estalinistas tan obsoletas como el realismo socialismo y la charla usual sobre el destacado papel de las enseñanzas comunistas, la nueva guía para la producción cultural incluía también una orden pasmosa: la cultura rumana debía mantenerse lejos de influencias extranjeras, es decir, de Europa occidental, para expresar el auténtico espíritu nacional³⁴. Tal radicalización marcó un retroceso, tras un corto periodo de liberalización, en la política cultural y llevó a la provincialización de la cultura rumana. Acompañada por un creciente control sobre la circulación de información y personas a través de la frontera, hizo de Rumania en los ochenta prácticamente una autarquía cultural. Distanciados de cualquier evolución que tuviera lugar al otro lado de la frontera, muchos rumanos soñaban con «Europa» como un lugar mítico, como «la tierra de leche y miel», donde todo era posible³⁵.

Esta nacionalización radical provocó una grave escisión entre escritores y artistas, que de muchas maneras repetían el debate fundamental, anterior al comunismo, de la cultura rumana que confrontaba a occidentalistas (también llamados europeístas) con

³⁴ Por supuesto, Ceaușescu no se expresaba tan rotundamente, sólo atacaba el cosmopolitismo como una manifestación de servilismo hacia las creaciones extranjeras, a la vez que de desprecio por las fuentes locales de inspiración. «Se ha desarrollado una práctica inapropiada, camaradas, el mirar sólo a lo que se produce en otros lugares, fuera, el recurrir para todo sólo a la importación. [...] estamos en contra de la autohumillación, nos oponemos a todo lo que es extranjero, contra el escarnio de nuestra lengua y nuestra nación». Véase CEAUȘESCU, N.: *Propuneri de măsuri pentru îmbunătățirea activității politico-ideologice, de educare marxist-leninistă a membrilor de partid, a tuturor oamenilor muncii - 6 iulie 1971 (Propuestas de acción para la mejora de la actividad político-ideológica, para la educación de los miembros del partido y de todos los ciudadanos de a pie - 6 de julio de 1971)*, Bucarest, Editura Politică, 1971, pp. 48-49.

³⁵ Como consecuencia, los libros de viajes se convirtieron en un género muy popular que permitía a los lectores ver Europa, al menos mentalmente. Los ejemplos variaban de las sofisticadas narraciones de encuentros formativos con culturas y sociedades occidentales a las descripciones de tipo turístico de conocidos destinos de viaje. Una selección al azar de dichos libros incluye BUZILĂ, B.: *Din Ardeni la Marea Nordului (De Ardeni al Mar del Norte)*, Bucarest, Sport-Turism, 1975; MARINO, A.: *Carnete europene (Notas europeas)*, Cluj, Dacia, 1976; GRIGORESCU, D.: *Marile canioane (Los grandes cañones)*, Bucarest, Eminescu, 1977; RUSAN, R.: *America Ogărului Cenușiu (La América de Greyhound)*, Bucarest, Eminescu, 1976 (nueva ed. rev. Iași, Junimea, 1979); e íd.: *O călătorie spre Marea Interioară (Viaje al mar interior)*, Bucarest, Cartea Românească, 1986. Los programas de televisión sobre turismo cultural también se hicieron muy populares.

autoctonistas³⁶. Ya desde la generación de 1848, la primera que se educó en las universidades europeas más importantes, Rumania consideraba el «Oeste», es decir, «Europa occidental», como el modelo legítimo de desarrollo político, institucional, constitucional y cultural, de la misma manera que habían hecho poco antes otros recién llegados a Europa Central. La imitación de este modelo se veía como el único camino para la transformación de un país, obviamente premoderno, en uno comparable con las naciones civilizadas, con economías avanzadas y reformadas políticamente. En todo lo que se refiere a la cultura, el objetivo de la recién creada nación-Estado —establecida en el siglo XIX tras la unificación y subsiguiente emancipación de dos principados de la soberanía otomana— era crear una cultura elevada en el idioma nacional. De acuerdo con esta generación de padres fundadores educados en el Oeste, las obras literarias y artísticas en rumano debían seguir en sincronía las tendencias, ideas y modas de la cultura del oeste de Europa³⁷. Esto requería, no la imitación formal del modelo, sino su internalización crítica, lo que tendría que resultar en la creación de obras originales en lengua rumana, dignas de formar parte de la herencia cultural europea³⁸. En resumen, para esta generación que

³⁶ Uso estos dos términos en el sentido en que Andrzej WALICKI usaba occidentalistas contra eslavófilos en su clásico: *The Slavophile Controversy. History of a Conservative Utopia in Nineteenth-Century Russian Thought*, Oxford, Oxford University Press, 1975.

³⁷ La así llamada teoría del sincronismo es muy famosa en la cultura rumana. Sin embargo, la formuló *a posteriori*, en el periodo de entreguerras, el crítico literario europeo Eugén Lovinescu. Definió el proceso de sincronismo como la difusión de las ideas occidentales en las sociedades tradicionales mediante el contagio mental, cuyo resultado era el «despertar» del largo sueño de las periferias de Europa. El sincronismo representaba la dirección común del desarrollo para todas las sociedades europeas, aunque la sincronización en aquellas sociedades rezagadas pasara primero por la importación de las formas, las cuales deberían rellenarse de sustancia más tarde. Véase LOVINESCU, E.: *Istoria civilizației române moderne (Historia de la civilización moderna rumana)*, 3 vols., Bucarest, Ancora, 1923-1929. Es sorprendente observar la similitud de ideas entre Lovinescu y los posteriores defensores de la teoría de la modernización en las ciencias políticas americanas de los sesenta. Para más información, véase JANOS, A. C.: *Politics and Paradigms. Changing Theories of Social Change in Social Science*, Stanford, Stanford University Press, 1986.

³⁸ Para mayor información sobre la posterior relación entre la cultura rumana y su modelo europeo, véase MARINO, A.: *Pro Europa. Modelul și obstacolele sale (Pro Europa. El modelo y sus obstáculos)*, Iași, Polirom, 1994.

formó el Estado moderno, el llegar a ser un verdadero europeo era tan importante como el llegar a ser rumano.

Los fallos de este programa liberal de modernización en todos los campos, entre ellos la cultura, inspiró a sus críticos la famosa frase «forma sin sustancia», que captura mejor la superficialidad de una aplicación demasiado rápida de los modelos occidentales en el contexto local³⁹. No obstante, el desarrollo general del país al copiar al «Oeste» nunca se puso en duda hasta el periodo de entreguerras, cuando las prioridades se habían invertido con la aparición de una generación dominada por simpatizantes de derechas en política y los llamados autoctonistas en cultura. Ésta quería, al igual que sus predecesores europeístas, crear una «gran cultura rumana», un ideal aún más importante tras la consecución de la Gran Rumania nada más acabar la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, ya no buscaba alcanzar esta meta apuntando al sincronismo con Europa, sino favoreciendo el organicismo, es decir, el desarrollo de la cultura mediante el retorno a sus orígenes naturales, a las fuentes locales de inspiración que condensaban la esencia real del *rumanism* y, por lo tanto, aseguraban la originalidad en la creación⁴⁰. En resumen, los intelectuales de entreguerras disociaron la identidad nacional de la idea de pertenencia a Europa por primera vez en la Rumania moderna.

De vuelta a la política cultural de Ceaușescu, uno se da cuenta inmediatamente de que ésta guardaba reminiscencias de la reorientación nacionalista de la cultura rumana del periodo de entreguerras. Dicho ascendente, de hecho, hizo que algunos intelectuales la apoyaran completamente y no sólo por razones oportunistas⁴¹. En

³⁹ Hay que tener en cuenta, no obstante, que esta frase que pertenece al crítico literario y político conservador del siglo XIX, Titu Maiorescu, no implica, en el sentido que le daba el autor, un rechazo al europeísmo. Maiorescu simplemente avisaba contra los efectos de cambios demasiado rápidos para ser asimilados correctamente. No fue hasta el periodo de entreguerras que los occidentalistas perdieron terreno en favor de los autoctonistas. Para ahondar en este debate, véase HITCHINS, K.: *Rumania, 1866-1947*, Oxford, Clarendon Press, 1994.

⁴⁰ Una excelente colección de escritos autoctonistas de la Rumania de entreguerras, en los que se debate la esencia del *rumanism*, se puede ver en CHIMET, I. (ed.): *Dreptul la memorie (El derecho a la memoria)*, 4 vols., Cluj, Dacia, 1996.

⁴¹ Un análisis pertinente del modo en el que el régimen comunista rumano recuperó a los intelectuales del periodo de entreguerras tras liberarlos de prisión se encuentra en VRANCEA, I.: «Capcana» («La trampa»), en OSA/RFE Archives, Romanian Fond, Unid No. 300/60/6/24, archivo críticas intelectuales: El problema disidente.

realidad, el giro nacionalista no habría sido tan radical sin la participación directa y, a menudo, voluntaria de los escritores, historiadores y filósofos rumanos a la hora de redefinir el carácter de la cultura en las décadas de los setenta y los ochenta⁴². Al igual que sus predecesores de entreguerras, dichos intelectuales estaban ocupados en criticar la idea del sincronismo con los acontecimientos europeos (occidentales). Este objetivo se catalogó una vez más como una imitación formal y servil que adolecía de falta de originalidad. Algunos eran tan entusiastas que propusieron una nueva perspectiva sobre la cultura rumana llamada «protocronismo»⁴³. Según el punto de vista de sus seguidores, algunas creaciones rumanas no sólo eran genuinamente originales, sino que incluso se anticipaban a las evoluciones en el Oeste. El propio término «protocronismo» significaba que Rumania no estaba detrás ni en sincronía, sino por delante de Europa. Las corrientes literarias, las formas artísticas, los inventos técnicos o las ideas políticas que corrían por los más afortunados países de Europa del Oeste habían sido en realidad «inventadas» por los rumanos, aunque su mérito siguiera sin reconocerse en el mundo⁴⁴. Evidentemente, un nacionalismo y una perspectiva

⁴² Éste es el argumento principal en VERDERY, K.: *National Ideology under Socialism. Identity and Cultural Politics in Ceausescu's Romania*, Berkeley, University of California Press, 1991.

⁴³ El estudio rompedor de la teoría del «protocronismo» era PAPU, E.: «Protocronismul românesc» («Protocronismo rumano»), *Secolul XX*, 5-6 (1974), pp. 8-11. Para más información, véase VERDERY, K.: *National Ideology under Socialis...*, *op. cit.*, pp. 152-204.

⁴⁴ Por ejemplo, si una revuelta campesina rumana se adelantó cinco años a la Revolución Francesa, significaba que ya se luchaba en territorio rumano por la libertad y la igualdad antes de la «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano». Véase la tesis sobre la revuelta campesina de 1784 en Transilvania en PASCU, Ș.: *Revoluția populară sub conducerea lui Horea (Revolución popular bajo el liderazgo de Horea)*, Bucarest, Editura Militară, 1984. Por supuesto, puede haber habido campos en los que algunos rumanos fueran, de hecho, pioneros, pero la mayoría de los argumentos desarrollados por los seguidores de esta perspectiva eran mera ficción. Tales afirmaciones podían sonar convincentes especialmente con relación a creaciones artísticas o literarias, sin embargo. Pues mientras que las innovaciones en tecnología o las nuevas ideas en ciencias naturales, o incluso sociales, y en filosofía son fácilmente discernibles, la originalidad en las artes y humanidades puede ser tema de debate. Si es realmente original, cualquier creación es a su modo «protocronista» si se compara con la producción epigónica. Para más información sobre el debate rumano entre sincronismo y protocronismo, véase MARINO, A.: *Prezențe românești și realități europene. Jurnal intelectual (Presencia rumana en la realidad europea. Diario intelectual)*, Iași, Polirom, 2004, pp. 7-90.

anti-occidental tan radical reflejaban a la perfección la imagen del mundo característica del régimen de Ceaușescu.

En contra de estas afirmaciones, un significativo grupo de intelectuales salió en defensa del ideal de producir literatura y obras de arte rumanas en sintonía con las tendencias europeas, no en su contra, y, de ser posible, dignas del reconocimiento europeo. Adoptaron una táctica de resistencia pasiva ante la política nacionalista del régimen, para intentar defender lo que ellos consideraban las auténticas normas profesionales en contra de la intrusión demasiado obstructivista del partido en el campo de la cultura. De esta forma, creían que mantenían a Rumania en Europa, al menos culturalmente, si políticamente no era posible. Optaron por mantenerse «europeístas» bajo un régimen que promocionaba exclusivamente el «autoctonismo». De hecho, muchos de estos intelectuales se fueron quedando al margen progresivamente por su negación a refrendar la pequeña revolución cultural predicada por Ceaușescu. No obstante, ninguno fue hostigado seriamente por la policía secreta, ya que su resistencia silenciosa no amenazaba directamente al régimen⁴⁵. Al mismo tiempo, fueron quienes disfrutaron de un prestigio real en los círculos intelectuales rumanos así como en el extranjero⁴⁶. Y lo que es más, en un país donde los disidentes radicales

⁴⁵ Muy elocuente al respecto fue el reciente debate público sobre la relevancia de la «resistencia por medio de la cultura» rumana que oponía a la reciente ganadora del premio Nobel, Herta Müller, escritora alemana de origen rumano, con el filósofo Gabriel Liiceanu, un prominente intelectual de la Rumania poscomunista. Este último personificaba el punto de vista de los intelectuales rumanos y mantenía que el simple rechazo de uno a usar sus escritos en apoyo del régimen comunista representaba una manera honorable de oposición a la dictadura. Müller explicaba que dicha postura era apolítica y que nunca preocupó al régimen: prueba de ello era que ninguno de esos intelectuales tuvo problemas con la policía secreta, por lo que debía haber sido tolerada por la dictadura. «Dialogul Herta Müller-Gabriel Liiceanu, moment istoric pentru cultura română» («El debate de Herta Müller-Gabriel Liiceanu, momento histórico en la cultura rumana»), *România Liberă* (29 de septiembre de 2010), <<http://www.romaniailibera.ro/arte/oameni/dialogul-herta-muller-gabriel-liiceanumoment-istoric-pentru-cultura-romana-200986.html>>, visto el 29 de septiembre 2010. En su turno, los intelectuales rumanos consideraban a Herta Müller una persona obsesionada por la *Securitate* que continuaba defendiendo en vano la regeneración moral, una versión femenina del predicador florentino Girolamo Savonarola, como el antiguo disidente Mircea Dinescu apuntó. Citado por Walter MAYR, en «Gift im Gepäck» («Veneno en el equipaje»), *Der Spiegel*, 3 (enero de 2011), p. 131, <<http://www.spiegel.de/spiegel/print/d-76397429.html>>, leído el 20 de enero de 2011.

⁴⁶ Véase, por ejemplo, el lugar del estatus político en contraposición a la auto-

no eran más que un puñado, los tolerados «europeístas» eran lo suficientemente numerosos como para contrarrestar, dentro de la nación, a los «autoctonistas» simpatizantes del régimen y para representar a la «disidencia rumana» en el exterior.

Dado el contexto descrito, este tipo de comportamiento inconformista, autodenominado «resistencia por medio de la cultura, pudo reinventarse a sí mismo después de 1989 como personificación de la única estrategia eficaz de oposición al régimen de Ceaușescu. El argumento principal era muy simple. De acuerdo a las reclamaciones hechas por la mayoría de los intelectuales, antes y después de la revolución de 1989, el dominio de Ceaușescu era tan duro y la policía secreta, la *Securitate*, tan poderosa que cualquier tentativa de disidencia abierta estaba condenada al fracaso desde el mismo principio⁴⁷. Estos intelectuales argüían que Rumania en los ochenta, a diferencia de cualquier otro país del bloque soviético, no

ridad científica/cultural aplicado al campo de la historiografía en VERDERY, K.: *National Ideology under Socialism...*, op. cit., pp. 222-224.

⁴⁷ No hay estudios comparativos sobre instituciones como la policía secreta comunista, por lo que no se puede documentar con claridad si la *Securitate* era más dura que otras. No obstante, los datos preliminares no indican que la policía secreta rumana tuviera una estructura más fuerte que otras. Por ejemplo, en 1989, la *Stasi* tenía 174.000 informantes para diecisiete millones de ciudadanos, mientras que la *Securitate* tenía sólo 130.000 colaboradores para unos veintidós millones (las cifras dependen de las formas en que se definan los informantes, las distintas fuentes suelen variar mucho). Véase *And the Files to be Destroyed: Archives of the Communist Repressive Apparatus in Poland and other European Countries*, IPN, Oficina para la Preservación y la Propagación de los Registros de Archivo, Varsovia, 2010, pp. 6-7. Para explicar por qué había tan relativamente poca gente que se declarara abiertamente disidente en Rumania hay que tener en cuenta no sólo la actividad de la policía secreta, sino también la percepción entre la población, que creía con firmeza que esta institución era omnipotente y omnipresente. Dicha percepción, originada en la memoria de los años de terror, persiguió a muchos rumanos hasta el final del régimen e incluso después. Por otra parte, el caso del ingeniero Gheorghe Ursu, apresado y salvajemente golpeado hasta la muerte en 1985 por un diario secreto con comentarios críticos sobre el régimen, aumentó la convicción entre los intelectuales rumanos de que todo aquel que osara expresar cualquier crítica sería reprimido. Sin embargo, éste fue sólo un caso extremo en el período posterior a Helsinki; ninguno de los disidentes reales recibió tal tratamiento: se los marginaba, se los ponía bajo vigilancia, eran interrogados repetidamente, pero rara vez se los encarcelaba, y en ese caso se los soltaba en cuanto diplomáticos occidentales u organizaciones de derechos humanos presionaban en su favor. Ursu fue asesinado precisamente porque no era conocido en el Oeste como crítico abierto, y por eso no recibió protección internacional. Para el informe de la muerte de Ursu, véase *Cartea Albă a Securității*, p. 503.

era más que una enorme prisión, en la que todo el mundo buscaba un modo de sobrevivir. Tras recurrir a la experiencia de los prisioneros de los años del terror en la década de los cincuenta, concluyeron que ni la revuelta abierta ni la retirada a una existencia imaginaria, sino más bien la lucha constante por la elevación espiritual constituía el camino a la salvación. En prisión, sólo la gente culta, que se ayudaba una a otra a completar su educación aprendiendo el uno del otro, pudo sobrellevar la adversidad⁴⁸. De manera similar, consideraban que la única manera efectiva de sobrevivir en la gran prisión en la que Ceaușescu había transformado toda Rumania era «resistir por medio de la cultura»⁴⁹. Por un lado, dicha estrategia hizo que sus seguidores internalizaran mejor los diferentes valores culturales, lo que les hizo más resistentes a la intromisión del régimen en sus vidas privadas. Y, por otro lado, los preparó mejor para la tarea de crear obras de arte o literarias perdurables de valor universal, e, implícitamente, para desobedecer la política del régimen. En resumen, la «resistencia por medio de la cultura» rumana argumentaba que su estrategia de oposición al régimen de Ceaușescu era, en verdad, una retirada, pero no a la «antipolítica» como afirmaban los centroeuropeos, sino al «símbólico monasterio del espíritu»⁵⁰. Esta estrategia evitaba un conflicto abierto pasa-

⁴⁸ Esta estrategia se describe en muchas de las memorias de prisioneros publicadas en Rumania después de 1989, pero la más influyente, de lejos, fue STEINHARDT, N.: *Jurnalul fericirii (Diario de la felicidad)*, Cluj, Dacia, 1991. El autor era una especie de Aleksander Wat rumano, un intelectual cosmopolita de origen judío que se convirtió al cristianismo ortodoxo tras su experiencia en prisión. Al retirarse a la vida monástica tras su puesta en libertad, escribió este diario varias veces, pues continuamente se lo confiscaba la policía secreta. Sin embargo, el manuscrito consiguió llegar a la oficina rumana de *Radio Free Europe*, que lo emitió antes de 1989.

⁴⁹ Esta perspectiva que enfatiza el papel de la cultura en la supervivencia en prisión también se puede encontrar en las historias recogidas del *Gulag* soviético, donde los reclusos sobrevivieron educándose unos a otros, sobre todo narrando libros y organizando lecturas sobre los temas en los que eran expertos. «La participación en algunos proyectos intelectuales o artísticos mayores mantiene vivas a muchas personas educadas, espiritual y físicamente». Véase el capítulo que describe las estrategias de supervivencia en APPLEBAUM, A.: *Gulag. A History of the Soviet Camps*, Londres, Penguin Books, 2003, pp. 316-354 (cita en p. 349).

⁵⁰ Véase la conversación, que grabó la policía secreta, entre un líder intelectual rumano y dos periodistas franceses en *Cartea Albă a Securității*, pp. 413-18. La reacción de algunos periodistas occidentales a tales teorías no era necesariamente compasiva. Un periodista británico, que aparentemente se encontró con el mismo intelectual rumano, apuntaba que los rumanos eran cobardes, que evitaban enre-

jero con las autoridades comunistas en beneficio del que fuera objetivo fundamental a largo plazo de los intelectuales rumanos desde la constitución del Estado moderno: el hacer de la cultura rumana merecedora de recibir el reconocimiento deseado y un lugar de honor junto con otras culturas europeas⁵¹.

El discurso que presentó la «resistencia por medio de la cultura» como una forma de disidencia se dirigía a una audiencia tanto externa como interna. Una de sus apuestas era contrapesar las historias de coraje que habían contado los «luchadores por la libertad» en otros antiguos países comunistas⁵². Incluso si los rumanos no habían estado tan orientados políticamente como los centroeuropeos, todavía podían apelar a su resistencia pasiva a la presión ideológica del régimen que supuestamente ayudó a sus seguidores a seguir siendo, al menos culturalmente, parte de Europa. Huelga

darse en política con la excusa de la policía secreta o del posible castigo, a pesar de que «lo que están comiendo ahí dentro hubiera provocado un motín incluso en un hospicio para pobres victoriano». Véase SELBOURNE, D.: *Death of the Dark Hero. Eastern Europe, 1987-1990*, Londres, Jonathan Cape, 1990.

⁵¹ Una persona clave, que transmitió este credo a las siguientes generaciones, era el filósofo Constantin Noica, un representante de la llamada generación 1927 junto con los más conocidos a nivel internacional Eugène Ionesco y Mircea Eliade, mencionados en la nota 24. A diferencia de sus colegas, Noica no abandonó la Rumanía comunista, por lo que terminó en prisión tras una farsa de juicio. Tras su encarcelamiento, creó una escuela de pensamiento que defendía el modelo de «resistir por medio de la cultura» (aunque nunca lo llamo así). Su seguidor, el ya mencionado filósofo Gabriel Liiceanu, resumió mejor el modelo en un discurso dirigido al Colegio Europeo de Cooperación Cultural en 1990. «Este modelo [...] obstaculiza la destrucción sistemática y total de la cultura, apostando por la idea de que sólo el espíritu puede garantizar la supervivencia de una nación históricamente amenazada. Pero [...] este modelo dio la espalda a la historia real, la de los hechos. [...] Noica [...] ignoró a los disidentes como víctimas de una ilusión, que se vieron envueltas en una lucha sin importancia. [...] Noica sólo creía en el Juicio Final de la cultura». LIICEANU, G.: *Jurnalul de la Păltiniș. Un model paideic în cultura umanistă (Diario de la Păltiniș. Un modelo paideico en la cultura humanística)*, Bucarest, Humanitas, 1991, pp. 13-14.

⁵² Otro seguidor, el antropólogo Vintilă Mihăilescu, mostró un punto de vista autocrítico e irónico sobre lo que representaba la «resistencia por medio de la cultura». «Era normal que al final nos aliásemos. [...] Pues actuábamos con profesionalidad. [...] No estábamos en contra de las instituciones [...], pero hicimos lo que pudimos para permanecer a su sombra. [...] me di cuenta más tarde que eso era la «resistencia por medio de la cultura». Véase MIHĂILESCU, V.: «*Ăștia eram noi*» («Así éramos»), en MIHĂILESCU, C. A. (ed.): *Cum era? Cam așa. Amintiri din anii comunismului [românesc] [¿Cómo era? Algo así, Memoria de los años del comunismo (rumano)]*, Bucarest, Curtea Veche, 2006, p. 18.

decir, que el modelo de «resistencia por medio de la cultura» apenas alcanzaba las valerosas acciones de los intelectuales centroeuropeos, quienes manifestaron su oposición al comunismo abierta y activamente. Por eso, algunos intelectuales rumanos, que «resistieron por medio de la cultura» antes de 1989, sentían que debían reforzar sus argumentos para hacer las historias de la oposición rumana más competitivas respecto a las heroicas narraciones de otros países. Como Rumania en los ochenta difícilmente podía compararse con la Europa Central de su tiempo, el punto de comparación se movió al periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando en varias regiones montañosas de Rumania se organizaron grupos de resistencia armada. Este fenómeno terminó por conocerse como «resistencia en las montañas», una frase que obviamente se asemejaba a la de «resistencia por medio de la cultura». Desconocido en el exterior y casi olvidado en el país, este fenómeno tenía el potencial de restaurar la mala imagen de Rumania como nación conformista: muchos consideraron de hecho que mostraba que los rumanos, a diferencia de los centroeuropeos, se habían opuesto al comunismo desde el mismo principio⁵³. Resulta irónico que este argumento, posterior a 1989, en realidad reflejaba el ya descrito «protocronismo», el cual había sido criticado con tanta intensidad por los europeístas de la «resistencia por medio de la cultura» antes de 1989.

Al mirar atrás, uno puede afirmar que la «resistencia por medio de la cultura» nunca alcanzó su objetivo, pues las obras que crearon dichos intelectuales bajo el comunismo apenas contribuyeron al resultado esperado. Demasiado a menudo, los modelos culturales europeos que animaban las mentes de los intelectuales rumanos

⁵³ Es muy elocuente que la «resistencia en las montañas» se convirtiera, tras el comunismo, en uno de los temas más importantes en el estudio del comunismo rumano (aparte de la represión). La organización civil posterior al comunismo más importante, la Alianza Cívica, tuvo un papel decisivo en la fundación del Memorial de Sighet, específicamente dedicado a las víctimas del comunismo y a la resistencia. El centro de investigación asociado financia un programa a gran escala de entrevistas históricas con los supervivientes de los grupos armados de las montañas, que ayudaron en el montaje de la exposición. El museo se puede visitar ahora virtualmente en DVD. Véase «Take-away museum: The virtual version of the Sighet Memorial», además se puede encontrar más información sobre el museo y su exposición permanente en internet: <www.memorialsighet.ro>, visto el 12 de agosto de 2010.

no eran contemporáneos, sino que provenían del pasado, de los periodos previos al aislamiento de las culturas europeas impuesto por el comunismo. Por esto, dichos modelos apenas eran apropiados para mantener a sus emuladores en «Europa». En pocas palabras, la «resistencia por medio de la cultura» no tenía ni los medios ni la oportunidad para completar la tarea autoimpuesta. Sin embargo, estos intelectuales sí tuvieron éxito limitando de manera significativa las intenciones del régimen comunista de someter radicalmente la cultura a sus objetivos ideológicos. Además, esta estrategia ofrecía un mínimo de tranquilidad mental a aquellos que sentían escrúpulos por servir al régimen, en un periodo en el cual las privaciones y el malestar generalizado trastocaban la vida diaria. Retirarse a un rincón privado también significaba replegarse en un mundo imaginario sin fronteras, donde por fin se podría alcanzar Europa, al menos en el pensamiento, en un momento en el que sólo se permitía viajar al extranjero a los que le seguían el juego al régimen⁵⁴. Por otro lado, los archivos de la antigua *Securitate* revelaron que el régimen comunista tuvo, en muchos casos, éxito al asimilar a sus filas intelectuales de talento, presuntos «resistentes por medio de la cultura». Al darles la oportunidad de viajar al Oeste, no sólo en sueños, sino de manera real, las autoridades les ofrecían también la ilusión de una vida profesional normal. Un viaje a «Europa» se transformaba en el objeto de un trato perverso. De este modo, en vez de ejemplarizar una forma de «resistencia diaria», la supuesta «resistencia por medio de la cultura» se convirtió, en estos casos, en una forma de «asimilación diaria»⁵⁵. Para resumir, el

⁵⁴ Así, «Europa» siguió siendo el Jardín del Edén en diarios y «literatura de cajón». Un ejemplo típico es SIRBU, I. D.: *Adio Europa! (¡Adiós, Europa!)*, 2 vols., Bucarest, Cartea Românească, 1993. El libro se terminó en 1985 pero no se publicó hasta 1993 tras la caída del régimen comunista. Fue un éxito porque captura con exactitud la atmósfera de los ochenta, un periodo caracterizado por la ruina económica y moral del régimen de Ceaușescu. El personaje principal es un intelectual que quiere vivir en el Oeste, pero que no tiene más remedio que vivir en Isarlik, una ciudad imaginaria en el sur de Rumania.

⁵⁵ Las revelaciones sobre los enmarañados caminos de la «resistencia por medio de la cultura» y la colaboración con la policía secreta están sólo en su fase inicial. En este momento, el hasta entonces oculto enredo está bien personificado por el crítico literario Mircea Iorgulescu. En 1987 escribió para *Radio Free Europe*, bajo el seudónimo Grigore Negrescu, un excelente análisis de la situación de los intelectuales rumanos, en la que exhortaba en contra de la resistencia pasiva. Véase LOVINESCU, M.: *Jurnal, 1985-1988 (Diario, 1985-1988)*, Bucarest, Humanitas, 2002, p. 201. Además,

modelo rumano de «resistencia por medio de la cultura» contrastaba más de lo que parecía con la disidencia intelectual centroeuropea, que manifestaba abiertamente su oposición al comunismo. Sus logros, en el caso de que existieran, son sólo individuales: algunos de sus seguidores se las arreglaron para mantener su integridad como profesionales y como seres humanos. Aunque el objetivo común —desarrollar la cultura rumana en consonancia con las tendencias e ideas europeas de forma que finalmente se superase el provincialismo y se recibiera el deseado reconocimiento internacional— no llegó a completarse⁵⁶.

Conclusión

El discurso sobre Europa Central fue, de manera consciente o no, una estrategia que tenía el objetivo de atraer la atención del mundo en general sobre el hecho de que los países de esta región pertenecían a Europa, a pesar de que las adversidades de la historia los habían situado en campo soviético. Desafió la división de

junto con otros intelectuales prominentes, participó en octubre de 1988 en el intento fallido de esbozar una carta de protesta colectiva, mencionada en la nota 31. En 1989, emigró a Francia, donde concedió una entrevista en la que defendía el modelo de «resistencia por medio de la cultura» que suponía la retirada al «monasterio del espíritu», como él mismo dijo. Véase *La Nouvelle Alternative*, 16 (diciembre de 1989), pp. 76-77. Sin embargo, como desveló recientemente el Consejo para el Estudio de los Archivos de la *Securitate*, había colaborado con la policía secreta desde 1976 y les había proporcionado información sobre colegas, incluso su posición respecto al movimiento de derechos humanos iniciado por Paul Goma, ya mencionado en la nota 28. Véase *Adevărul* (16 de marzo de 2010), <http://www.adevarul.ro/ac_tualitate/eveniment/Aici-Europa_Libera-_Sunt_Dorin-_Pardon-Mirel_0_226177968.html>, leído 30 de marzo de 2011.

⁵⁶ Es irónico que las palabras de la mencionada ganadora del premio Nobel de literatura, Herta Müller, contradijeran la idea principal de la «resistencia por medio de la cultura». Estos intelectuales rumanos esperaban que, evitando la confrontación directa con la dictadura, obtendrían la tranquilidad necesaria para crear obras de valor para la humanidad. Por su parte, Müller había entrado en conflicto con las autoridades por sus inconvenientes escritos y había atraído la represión de la policía secreta. Esto le hizo sentir las adversidades del régimen directamente y esta experiencia inspiró la mayoría de sus obras posteriores. Al hablar sobre la arbitrariedad de las dictaduras y su habilidad para privar al ser humano de su dignidad, fue capaz de transmitir desde su experiencia rumana algo valioso para el mundo entero y así (aunque no sólo por eso) recibir el reconocimiento internacional.

Europa y, se podría decir, que hasta influyó en los juicios políticos. Los defensores de Europa Central también influyeron, desde la década de los ochenta, en las decisiones referentes a la primera oleada de inclusión en la UE. Dichos intelectuales fueron muy efectivos al remodelar el mapa mental del bloque soviético, que pasó de ser una entidad homogénea a un espacio ordenado jerárquicamente de acuerdo a su mayor o menor hipotética cercanía a las tradiciones europeas, basadas en sus historias entrelazadas y su compatibilidad cultural. Estos países que, implícitamente, quedaron fuera de Europa Central, se percibían como «menos europeos». Y, en los noventa, ésta llegó a ser la noción occidental normal sobre el antiguo bloque del Este. Los intelectuales rumanos no consiguieron contribuir a esta polémica común ni luchar por la propia (centro) europeidad de Rumania, basada en dos siglos de tradición de emular los modelos occidentales. Ausentes en el debate sobre Europa Central, tampoco lograron tomar su propio camino político ni construir una identidad europea por medio del desacuerdo con el régimen que les «sacó de Europa». Los pocos disidentes radicales del país se centraron antes en cuestiones prácticas y protestaron contra las aberraciones del mandato de Ceaușescu, único incluso dentro del bloque soviético, en vez de plantearse construcciones culturales. La nostalgia por Europa era muy fuerte entre los rumanos, pero más bien sirvió para eludir la política diaria con la «resistencia por medio de la cultura». Esta estrategia implicaba seguir produciendo cultura como si Rumania fuera un país europeo libre. Aunque estaba en desacuerdo con la línea nacionalista promovida por el régimen comunista, esta estrategia apenas lo desafiaba. Los intelectuales, que decían «resistir por medio de la cultura» en la Rumania de Ceaușescu porque, supuestamente, era el único modo de oponerse a un régimen tan represivo, pudieron abrigar la ilusión de que estaban, de hecho, disintiendo. Sin embargo, sólo eran «hombres para todas las estaciones». Antes de 1989, estos intelectuales eran tolerados por el régimen, puesto que nunca lo criticaron abiertamente, y, tras 1989, se convirtieron en héroes sólo porque no apoyaron las políticas extremas de Ceaușescu. Mientras los intelectuales centroeuropeos intentaban cambiar el curso de una historia adversa, los rumanos simplemente la ignoraron. La historia, sin embargo, se tomó su revancha. Hoy en día, la inclusión formal en la UE ha agrupado tanto a los países centroeuropeos como a Rumania en la

llamada «Nueva Europa», pero las diferencias de percepción no se han desvanecido completamente. Mientras que en todas partes ha sido tomada en serio la (centro) europeidad de checos, eslovacos, húngaros y polacos, la europeidad de los rumanos todavía se cuestiona seriamente (incluso en casa). Como es obvio, los resultados políticos y económicos son en su mayor parte responsables de dicha diferenciación, pero la actividad cultural no la desmiente.

[Traducción: Cristina Álvarez González y Carmen Mesones]